enamora de El viendo que le da tanta luz como es poseer esta verdad; y también que Dios nos ha creado a su imagen y semejanza; que nos ha dado al Verbo, su unigénito hijo, nacido del seno de María y muerto en el madero de la santísima cruz por apartarnos de la muerte y darnos la gracia; que lo mismo que la desobediencia de Adán causó la muerte por el pecado, así por la obediencia del Verbo recuperamos la vida; que nos ha otorgado la luz de la fe, pues vemos qué amor tan inefable nos tiene; y que ha manifestado su resurrección, para que tengamos fe y esperanza en la nuestra en el último día del Juicio. Por la misma consideración comienza a ver que Dios no quiere sino nuestra santificación y que lo que nos da o permite en esta vida tiene esta finalidad. Para nuestro bien permite todas las cosas: tribulaciones, consuelos, injurias, escarnios, villanías, persecuciones del demonio, hambre, sed, enfermedad, pobreza, prosperidad y deleite. Consiente las riquezas para que, como administradores, las distribuyamos a los pobres; los deleites y buena posición en el mundo, no para que levantemos la cabeza a causa de la soberbia sino para que nos humillemos más a la bondad divina con santa gratitud; la tribulación y la pobre, vengan de donde vengan, nos la da para que alcancemos la verdadera y perfecta paciencia, conozcamos la poca firmeza y estabilidad del mundo, elevemos nuestro afecto y deseo y lo pongamos únicamente en las verdaderas y reales virtudes. Así recibiremos el fruto de nuestras fatigas, porque todo lo que suframos por su amor es remunerado y se nos guarda el fruto para la vida perdurable, vida sin muerte, luz sin tinieblas, saciedad sin hastío y hambre sin sufrimientos. Como dice san Agustín, el hastío se halla muy lejos de la saciedad y el sufrimiento lejos del hombre. Todo bien es premiado y toda culpa castigada en la otra vida.

Por lo tanto el alma que posee esta fe viva hace verdaderas obras santas y realmente es paciente para soportar cualquier sufrimiento y trabajo por Dios y por la remisión de sus pecados. Es más, reverencia cualquier sufri-

miento considerando quién es el que lo proporciona y por qué lo hace. ¿Quién lo da? Es Dios, suma y eterna Bondad, no por odio sino por singular amor. Así dijo a sus discípulos: «Os envio, no por odio sino por amor, para ser martirizados en el mundo. Con el amor con que mi Padre me amó, con el mismo os amo yo. A pesar de que El me amaba con amor singular, con todo me envió para que sufriera la afrentosa pena de la cruz». Pregunto: ¿Por qué lo da? Por amor, como se ha dicho, y para nuestra santificación, a fin de que seamos santificados en El. ¿Quiénes somos nosotros, a quienes se envían estos trabajos? Los que no existimos por nosotros mismos, pero que, por nuestras culpas, somos merecedores de cien mil infiernos, si tantos pudiéramos recibir. Por haber ofendido al Bien infinito debería seguírsenos sufrimiento infinito. Como cualquier trabajo es grande o pequeño en consideración a la duración en el tiempo y, como dicen nuestros santos, nuestro tiempo es tan grande como la punta de una aguja, de aquí que la vida del hombre sea una nada por su brevedad. Por eso cualquier trabajo es pequeño: una vez pasado no lo poseemos, el que ha de venir no lo tenemos seguro, por tanto sólo tenemos el momento presente y no más.

Animo, pues, dulcísima hija, levántate del sueño y no durmamos más sino sigamos con fe viva las huellas de Cristo crucificado con verdadera paciencia. Bañaos en la sangre de Cristo crucificado. Permaneced en el santo amor de Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

DESPOJARSE DEL MUNDO Y CONFIAR EN DIOS

A la Señora Blanquita

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísima madre en Cristo el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de ver despojados vuestro corazón y afecto del mundo y de vos misma, porque de otro modo no podreis revestiros de Jesucristo crucificado, ya que el mundo no está de acuerdo con Dios. El desordenado afecto a lo mundano ama a la soberbia, y Dios ama a la humildad; busca honores, prosperidad y grandeza, y Dios bendito los desprecia abrazando la humillación, escarnios, villanías, hambre, sed, frío, calor y hasta la afrentosa muerte de cruz con la que Dios da honor al Padre y por la que nosotros fuimos restituidos a la gracia; intenta agradar a las criaturas sin preocuparse de desagradar al Creador. Jesucristo buscó cumplir la obediencia al Padre eterno para nuestra salvación. Abrazó y se revistió de la pobreza voluntaria, y el mundo busca las riquezas. Son, pues, bien diferentes uno y otro y, por eso, si el corazón se vacía de Dios, es de necesidad que se llene del mundo. Así lo dijo nuestro Salvador: «Ninguno puede servir a dos señores, pues si sirve a uno es en descontento del otro». Debemos, por tanto, elevar con solicitud nuestro corazón y afecto de este mundo tirano y ponerlos libre y sencillamente en Dios, sin cortapisa alguna. Nuestro corazón no debe tener doblez ni amar hipócritamente, porque El es nuestro dulce Dios que tiene su mirada en nosotros y ve los ocultos secretos del corazón.

Es extremadamente grande nuestra simplicidad y locura, porque sabemos que Dios nos ve y es juez justo que castiga toda culpa y remunera todo lo bueno, y nosotros seguimos sin temor alguno, como cegados, confiando en el tiempo que nos queda y que no estamos seguros de tener. Andamos siempre a tientas, apegándonos a las cosas. Si Dios corta una rama, nos agarramos a otra. Nos preocupamos más de no perder las cosas transitorias, que pasan como el viento, que de perder a Dios. Todo esto ocurre por el desordenado amor que hemos puesto en nosotros manteniéndolas y poseyéndolas fuera de la voluntad de Dios. Por esta razón gozamos las arras del infierno, y

Dios ha permitido que quien ama desordenadamente se haga insoportable a sí mismo. Entre el alma y el cuerpo hay siempre lucha. Se sufre por temor a perder lo que se tiene; por conservarlo, y para no venir a menos, se lucha día y noche; se sufre por lo que no se tiene; se apetece tener y no se consigue. Así el alma nunca encuentra descanso en las cosas de este mundo porque todas son menos que ella. Están creadas para nosotros y no nosotros para ellas. Hemos sido creados para Dios,para que gustemos el sumo y eterno Bien.

Sólo Dios puede saciar al alma. En El encuentra paz y descanso porque nada puede querer ni desear que ella no encuentre en Dios y, al encontrarlo, no deja de considerar en El su sabiduría y que El sabe y quiere dárselas para que le sean provechosas para la salvación. Nos cercioramos de ello porque da no sólo las cosas que pedimos sino que nos las dio antes de que existiésemos. Nos creó a su imagen y semejanza, sin que se lo pidiéramos, y nuevamente nos creó a la gracia por la sangre de su Hijo; de modo que el hombre encuentra en El la paz y no otra cosa. El es suma riqueza, sumo poder, suma bondad, grandeza y deleite. Sólo El se comprende y se valora y así sabe, puede y quiere sacar y satisfacer los santos deseos del aquel quien quiere despojarse del mundo y revestirse de El. Quiero, por tanto, que no durmamos más, carísima madre, sino que despertemos del sueño, pues nuestro tiempo camina hacia la muerte. Quiero que las cosas temporales y transitorias y las criaturas las tengais para usarlas, amándolas y poseyéndolas como prestadas y no como propias. Lo conseguireis apartando de ellas el afecto, y no de otra manera. Tenemos que apartarnos de ellas si queremos ser partícipes en la sangre de Cristo crucificado. Considerando que no tenemos otro medio, dije que deseaba ver nuestro corazón y afecto desprendido del mundo. Creo que Dios os invita a ello continuamente. No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

EXHORTACION A SEGUIR LA VOCACION RELIGIOSA

A la Condesa Benedicta.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísima hija en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, te escribo en su preciosa sangre con el deseo de verte sierva y esposa de Cristo crucificado, pues considero que servir a Dios no es ser criado sino que es reinar. Tal servicio no es como el que se hace en el mundo, que envilece a la criatura y la hace sierva y esclava del pecado y del demonio. El pecado es la nada: hace que el hombre se convierta en una nada. Sabe, carísima y dulce hija, que el alma que sirve a las criaturas y a las riquezas prescindiendo de Dios, es decir, que desordenadamente apetece y desea las riquezas y deleites del mundo y la vanidad, con placer en sí misma, cae ella misma y se envilece porque se somete a cosas menores que ella, ya que todas son vanas, sin firmeza o estabilidad alguna, como la hoja que se mueve con el viento. Todo lo creado está hecho para el servicio de la criatura racional, y ésta para servir a su Creador. Por eso nos engañamos, ya que tanto como apetezca el hombre las cosas transitorias, tanto más perderá el dominio que se adquiere sirviendo a su Creador. Se somete a lo que es la nada, porque el amar desordenadamente prescindiendo de Dios, le ofende. De modo que es mucha verdad que por servir al mundo terminamos en una nada.

¡Qué loco y necio es el que se entrega al servicio de lo que no posee, de lo que es la nada, que es el pecado! El demonio tiene dominio sobre los que obran el mal. ¿Cómo los domina? Por medio del tormento, dándoles suplicio en la condenación eterna. También lo hace el mundo por los desordenados afectos que ponemos en él, ya que las cosas del mundo en sí son buenas, pero la mal-

vada voluntad de quien las usa, por poseerlas y desearlas sin temor a Dios, las convierte en malas. Del mismo modo lo hacen los familiares que nos atan al demonio para el tormento. Esta mortal esclavitud nos priva de la luz de la razón y nos ocasiona las tinieblas; quita la riqueza de la gracia y da la pobreza del vicio.

No quiero, hija mía (puesto que es de tanto peligro), que te entregues a servir al mundo, sino que seas verdadera servidora de Cristo crucificado que te ha rescatado con su preciosa sangre. Nuestro dulce Dios, que nos creó a su imagen y semejanza, nos ha dado al Verbo, su unigénito Hijo, para quitarnos la muerte y darnos la vida con su sangre nos liberó de la esclavitud del pecado, nos ha dado la independencia arrancándonos del dominio del demonio que nos poseía como suyos. La sangre, además, nos ha hecho fuertes y puesto en posesión de la vida eterna porque los clavos se han convertido en llaves que han descandado la puerta que se hallaba candada por el pecado cometido. Este dulce Verbo, montado a caballo sobre el madero de la cruz santísima, como verdadero caballero, ha vencido a los enemigos y tan perfectamente nos ha puesto en la posesión de la vida perdurable que ni los demonios ni criatura alguna nos la pueden arrebatar si nosotros no queremos. Es, pues, una esclavitud muy dulce y sin ella no podemos participar de la gracia divina. Por eso dije que deseaba verte sierva y esposa de Cristo crucificado porque, en cuanto te hagas sierva (puesto que servir a Dios es reinar) terminas siendo esposa. Quiero, por tanto, que seas fiel esposa, que no te apartes de tu esposo amando o deseando algo que no tenga relación con El. Ama a este dulce y glorioso esposo que te ha dado la vida y que no muere jamás. Los otros esposo, mueren, pasan como el viento y son muchas veces causa de nuestra muerte. Tú has probado la seguridad que tienen, porque en corto espacio de tiempo te ha dado el mundo dos patadas. Lo ha permitido la Bondad divina para que huyas del mundo y te refugies en El como en Padre y Esposo tuyo. Huye, pues, de los venenos del mundo que te presenta una flor;

apareciendo como un niño, es un viejo; promete larga vida, siendo breve; parece algo estable y es voluble como la hoja al viento. Has comprobado que en ti no hubo estabilidad alguna y piensa que, si te fías, te hará igual en adelante, porque es tan mortal el último (el prometido) como el primero (el marido).

Elévate sobre toda molicie y amor propio, amor a ti misma, y entra en las llagas de cristo crucificado donde hay completa y verdadera seguridad. El es el dulce lugar en que la esposa llena la lámpara de su corazón, pues esto es justamente una lámpara. Debe ser, como ella, estrecho de pie y ancho en la parte superior, es decir, que el deseo y el afecto deben ser estrechos para el mundo y anchos arriba, o sea, ancho en el afecto a Cristo crucificado, amándolo y poseyéndolo con verdadera solicitud. Entonces llenarás la lámpara en el costado de Cristo crucificado. El costado manifiesta los secretos del corazón: qué es lo que ha hecho El por nosotros, qué nos ha dado y lo que ha realizado por puro amor. En él se descubre la verdadera y profunda humildad, que es el aceite que alimenta el fuego y la luz del corazón de la esposa de Cristo. ¿Qué mayor generosidad puedes encontrar que ver que ha dado la vida por ti? ¿Y qué mayor humillación se puede nunca ver ni encontrar que considerar a Cristo abajado hasta el hombre y que Dios-hombre haya corrido a la afrentosa muerte en la cruz? Esta humildad confunde a toda soberbia, deleites y grandezas del mundo. Es la pequeña virtud que es ama y nodriza de la caridad. Entonces la esposa es recibida por su esposo y colocada en la habitación en que se halla la mesa, el manjar y el camarero. La habitación es la esencia divina, donde se alimentan los verdaderos gustadores. Allí se gusta al Padre eterno, que es la mesa; al Hijo que es el manjar; y al Espíritu Santo, el que la sirve. Así gusta y se sacia de veras el alma de la eterna visión de Dios.

No duermas más, pues. Despierta del sueño de los deleites mundanos y sigue a tu amado, Cristo. No confíes en el tiempo, pues no estás segura de que lo tendrás, porque

te falla, porque tal vez creemos que seguiremos viviendo y llega la muerte a quitárnoslo. Por eso quien fuere prudente no perderá el tiempo contando con lo que no posee. Responde, pues, con corazón decidido a Dios que te llama. No creas ni a madre, ni hermana, ni a hermano ni a nadie que te lo quisieran impedir. Tú sabes que en esto no tenemos que obedecerles. Así lo dice nuestro Salvador: «Quien no renuncia al padre, a la madre, a la hermana, a los hermanos y aún a sí mismo, no es digno de Mí». Es preciso, pues, renunciar a todo el mundo y a sí mismo y seguir la enseña de la santísima cruz. No te digo más. Permanece en el santo amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

Te digo, hija mía, que si quisieras ser verdadera esposa de tu Creador, salgas de la casa de tu padre y disponte a venir cuando haya oportunidad; que ya se ha comenzado y se hace con rapidez, a saber, el monasterio de Santa María de los Angeles en Belcaro. Si lo hicieres, entrarás en la tierra de promisión. No digo más. Dios te llene de su dulcísima gracia.

SOBRE LA VOCACION RELIGIOSA

A la Condesa Benedicta.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísima hija en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Cristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros fundada en la verdadera y perfecta caridad, la cual es la vestidura nupcial que cubre nuestra desnudez y esconde nuestras vergüenzas, esto es, el pecado, que es el que origina el envilecimiento, y ella lo extirpa y consume con su calor. Sin esta

vestidura no podemos entrar en la vida perdurable a que estamos invitados.

¿Qué es la caridad? Es un amor inefable que el alma ha sacado de su Creador con todo el afecto y todas sus fuerzas. Digo que lo ha sacado de su Creador, y es la verdad. ¿Cómo lo hace? Con el amor, porque éste no se adquiere sino con el amor y del amor. Me dirás, carísima hija: «Qué debo hacer para descubrirlo y adquirirlo?». Te respondo así: todo amor se adquiere con la luz, porque lo que no se ve no se conoce y al no conocérsele, no se le ama. Es, por tanto, necesario poseer la luz a fin de que se vea y conozca lo que hay que amar. Como la luz nos es necesaria, Dios provee a nuestra necesidad dándonos en el interior, junto con la pupila de la santísima fe, la luz del entendimiento, que es la parte más noble del alma. Te aseguro que, aunque la persona ofenda a su Creador, no por ello pasa y vive sin amor y sin luz. Como el alma está hecha y creada de amor y por amor, a su imagen y semejanza, no puede vivir sin él, ni amarla sin luz, por lo cual, para amar, es necesario que vea. Pero, ¿sabes cuál es el ver y el amar de los mundanos? Es un ver tenebroso y oscuro y, por razón de la oscuridad de la noche, no se distingue la verdad cuando queda el alma privada de la gracia. ¿Por qué es oscura esta visión? Porque se ha fijado en la oscuridad de las cosas transitorias del mundo, tomándolas como su finalidad, prescindiendo de Dios, es decir, que no las mira en la Bondad (divina) sino sólo por el deleite sensible que mueve al entendimiento a ver y conocer las cosas sensibles. Por eso el afecto, que se nutre de la luz del entendimiento, aunque lo moviese antes el afecto, le da la muerte al cometer el pecado, privándolo de la vida de la gracia. Como no se puede ver ni amar nada fuera de Dios sin que se nos produzca la muerte, de ahí que lo que se ame se deba amar en El y por El, es decir, reconociendo que uno mismo y todas las cosas provienen de la bondad divina. Así ves que ese ama y ve, porque sin amar y sin ver no se puede vivir. El amor de los mundanos, que da la muerte, es distinto del que tiene el servidor

de Dios, que da la vida, porque el amor que se obtiene del sumo y eterno Amor, da la vida de la gracia. Por tanto, una vez que el entendimiento tiene la luz natural, debe abrirlo con la luz de la santísima fe y proponerse como objeto el inestimable amor que Dios nos ha mostrado. Así el afecto, viéndose amar, no podrá menos de amar lo que el entendimiento ve y conoce de la verdad.

¡Oh carísima hija! ¿No ves que somos árbol de amor por estar creados por el amor? Ese árbol está tan bien hecho que nadie puede impedir su crecimiento ni privarle del fruto, si él no quiere. Porque Dios tiene sus complacencias en él, le ha dado un cultivador para que lo cuide: el libre albedrío. Sin éste, el alma no sería libre y estaría excusada de pecado. Pero no hay disculpa porque nadie en el mundo, ni el demonio, ni la frágil carne, que pueda forzarla al pecado si ella no lo quiere. Este árbol lleva en sí la razón, si el libre albedrío la quiere usar; tiene el entendimiento que conoce y ve la verdad, si no se la oculta la niebla del amor propio. Con esa luz ve dónde debe estar plantado el árbol. Si no lo viese, y no poseyera ese dulce poder del entendimiento, el cultivador tendría excusa y podría decir: «Soy libre, pero no veo dónde plantar el árbol, si en lo alto o en lo bajo». No lo puede decir porque el entendimiento lo ve y la razón es un lazo de amor racional con que puede atarlo e injertarlo en el árbol una vez que el entendimiento ha conocido el lugar y en qué tierra debe permanecer para producir frutos de vida. Carísima hija: si el cultivador, el libre albedrío, lo planta donde debe, es decir, en la tierra de la humildad (no lo debe poner en el monte de la soberbia sino en el valle de la humildad) entonces produce las perfumadas flores de virtud, y singularmente la flor suprema de la gloria y alabanza al nombre de Dios, y, así, todas sus obras y virtudes, dulces flores y frutos, recibirán su fragancia. Esta flor, carísima hija, hace florecer vuestras virtudes. Dios la quiere para Sí y que el fruto sea para nosotros. De este árbol sólo quiere las flores de la gloria, a saber, que demos gloria y alabanza a su nombre. Nos da el

fruto porque lo necesitamos y a El nada le hace falta, ya que existe por sí mismo. Nosotros, sin embargo, lo necesitamos porque somos los que no tenemos existencia por nosotros mismos sino por El, que nos ha dado el ser y toda gracia añadida al ser. A Dios no le podemos ser de utilidad. Como la suma y eterna Bondad ve que el hombre no vive de flores, sino únicamente del fruto (pues con la flor morimos y con el fruto vivimos) por eso toma la flor para sí y nos da el fruto. Si una ignorante criatura quisiera alimentarse de flores, esto es, de la gloria y de la alabanza que debe ser de Dios, y así misma se diese esa gloria, eso le quitaría la vida de la gracia y le produciría la muerte eterna, si muriese sin enmendarse, es decir, si no tomara el fruto para sí y diera a Dios la flor, o sea, la gloria. Una vez tan dulcemente plantado el árbol, ese crece de modo que su copa, es decir, el afecto del alma, no ve a la criatura a la que está unido por amor, por afecto de amor, a causa del Dios infinito.

Carísima hija: te quiero decir en qué campo se halla esta tierra para que no te equivoques. La tierra es la verdadera humildad, como queda dicho. El campo es el jardín cercado, el conocimiento de sí mismo, porque el alma que se halla en la celda del conocimiento de sí, está cercada (protegida) y no abierta, esto es, no se deleita en los goces del mundo ni en las riquezas, sino en la pobreza voluntaria. No las busca para sí ni para otro alguno, ni se inclina a agradar a las criaturas, sino sólo a Dios. Si el demonio le proporcionara feas y diversas tentaciones, junto con grandes trabajos espirituales y desordenados temores, entonces ella no se abrirá poniéndose a analizar ni a querer saber de dónde provienen, ni a discutir con ellas; no se distrae su corazón a causa de la turbación o tedio del espíritu, ni abandona sus prácticas (de piedad); más bien se encierra y recluye con la esperanza y la luz de la fe, con odio y repulsa a los propios sentidos, juzgándose indigna de la paz y quietud de espíritu. Con verdadera humildad se considera digna de los combates e indigna del éxito, es decir, se cree digna del sufrimiento que le parece

recibir en el tiempo de los grandes ataques. Se propone como fin a Cristo crucificado, deleitándose en estar con El en la cruz, y con este pensamiento rechaza esos pensamientos. Este es, pues, el dulce campo donde se halla la tierra de la verdadera humildad.

Después que la copa (del árbol), o sea, el afecto que sigue al entendimiento, ha conocido el fin, Cristo crucificado, y la profundidad del ardor de su caridad, ese afecto queda unido a El y con el amor atrae hacia sí al amor, a saber, con el amor ordenado y elevado sobre la percepción sensitiva, atrae hacia sí el amor ardiente de Cristo crucificado. En el Verbo conoce la profundidad del amor de la caridad, porque es el medio utilizado por Dios para manifestarnos el que nos tiene. Esa atracción se debe a que, cuando nuestro corazón se halla enamorado del amor divino, hace como la esponja, que absorbe el agua. Si la esponja no fuera introducida en el agua, no la absorbería, aunque la esponja, de por sí, sea apta para ello. De igual modo te digo que sin la preparación de nuestro corazón, dispuesto y capacitado para amar, sin la luz de la razón y sin la mano del libre albedrío, nunca se empapará de la gracia de Dios si ellos no lo elevan y unen al fuego de la divina caridad. Sin embargo, si se une, siempre se empapa. Por eso te dije que el amor, y con el amor, se obtiene el amor.

En cuanto la vasija del corazón está llena, riega al árbol con el agua de la divina caridad para con el prójimo. Esta es un rocío y lluvia que riega la base del árbol y la tierra de la verdadera humildad, enriquece al fuego y conocimiento de sí mismo, porque entonces está preparado con el conocimiento de la bondad de Dios en él. Sabes que el árbol no saturado de rocío y de lluvia, se seca por los calores del sol, no produciría fruto y, sin él, no sería perfecto sino imperfecto; así el alma, que es árbol, como queda dicho, si fuese plantada y no regada por la lluvia de la caridad con el amor al prójimo y el rocío del conocimiento de sí, si no fuese templada por el sol de la caridad divina, no daría frutos de vida, ni su fruto llegaría a madurar.

Cuando el árbol ha crecido, extiende sus ramas ofreciendo frutos a su prójimo, esto es, las santísimas, humildes y continuas oraciones, dando ejemplo de buena y santa vida. Las extiende también, en cuanto puede, socorriendo liberal y generosamente, con corazón sencillo y no fingido, con bienes temporales, es decir, que no se le presenta cosa posible que no haga. Sencillamente y con animosa caridad hace lo que puede, según su capacidad y necesidad. La caridad no busca sus cosas, ni a sí por sí misma sino por Dios para ofrecerle las flores de la gloria y alabanza a su hombre. Tampoco busca a Dios por sí misma sino por Dios, en cuanto digno de ser amado por nosotros en razón de su bondad. No ama ni busca al prójimo para sí, sino por causa de Dios, para darle lo que a El le debe y no le puede proporcionar, esto es, hacerle algún bien. Ya te dije que no le podemos hacer bien alguno, y por eso quiere El que se lo hagamos al prójimo: un instrumento puesto para comprobar la virtud y para que demostremos el amor que tenemos al dulce y eterno Dios.

Esta caridad gusta la vida eterna; consume y ha consumido todas nuestras maldades; nos da la luz perfecta junto con la paciencia verdadera; nos hace fuertes y perseverantes en tal grado que jamás volvemos la vista atrás a mirar al arado; perseveramos hasta la muerte deleitándonos de estar en el campo de batalla por causa de Cristo crucificado; nos pone delante su sangre para que, como verdaderos caballeros, nos de ánimo en el combate. Por eso, puesto que nos es tan necesaria, útil y deleitosa, debemos abrazar a esta dulce reina y vestidura nupcial, la caridad, con anhelante y dulce deseo de estar dispuestos a morir por adquirirla y, cuando la poseamos, a sufrir cualquier pena hasta la muerte, venga de donde venga, por conservarla y para que crezca en el jardín de nuestra alma. No veo para nosotros otro medio ni camino. Por eso dije que deseaba verte fundada en la verdadera y perfecta caridad. Sin ella nos encontraremos en continua aflicción, recibimos la muerte, quedan al descubierto

nuestros pecados y en el último día del juicio seremos abochornados por todo el mundo, ante los ángeles y ante todos los ciudadanos de la vida eterna (en la que hay vida sin muerte, y luz sin tinieblas, donde se da la cara común y la perfecta, y donde somos partícipes y gustamos por amor unos del bien de los otros).

Por el amor a Cristo crucificado te ruego que, en cuanto puedas, intentes fundarte en este cimiento. No necesitarás temer con temor servil, ni tener miedo de los vientos contrarios de las molestias del demonio o de las criaturas. Todos son vientos que quieren impedir nuestra salvación. Pero para que el árbol plantado en el valle (de la humildad) no pueda ser dañado por los vientos, se humilde y mansa de corazón. No te digo más. Permanece en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

NO OPONERSE A LA VOCACION RELIGIOSA

A Agnolino de Juan de Agnolino.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo hijo en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros luchador, sin esquivar los combates, lo que hace el vil caballero. Dulce hijo mío: nosotros estamos en el campo de batalla. Necesitamos luchar siempre, en todo tiempo y lugar en que tengamos enemigos que asedien a nuestra alma. Estos son el mundo con sus placeres y el demonio con su maldad que, para estorbar el deseo de nuestra alma, tiende muchos lazos bien por sí mismo, por las lenguas de sus servidores, o por amenazas, murmuraciones e infamias. Esto

lo hace para entristecer al alma y conducirla al tedio en sus santas obras. Pero nosotros debemos resistir y guardar esta ciudad como valerosos caballeros, candar las puertas de los sentidos desordenados y poner por guardián al perro de la conciencia de modo que siempre ladre cuando llegue el enemigo. Así despertará al entendimiento y verá si el que pasa es amigo o enemigo, es decir, vicio o virtud. A este perro tenemos que darle de beber y de comer. Para beber debemos darle la sangre, y para comer, el fuego, a fin de que se le quite el frío de la negligencia. Así se hará diligente. Te digo, hijo Agnolino, que a este perro de la conciencia le des de comer el fuego de la ardentísima caridad y a beber la sangre del Cordero inmaculado y desgarrado en la cruz, la que derrama por todas partes de su cuerpo. Debemos darle de beber y así será fortalecido del todo y sereis verdadero luchador. Tomad el cuchillo del odio y del amor, a saber, del odio al vicio y del aborrecimiento del amor, es decir, odio y repulsa del vicio y amor de la virtud. Sea con este cuchillo muerto el enemigo, nuestra carne, que es el peor y mayor enemigo que podemos tener, y se de muerte a sus deleites con el mismo cuchillo. Para eso haga la conciencia ver al entendimiento lo peligroso de este enemigo, el deleite carnal, que entra en el alma. Mire a la carne flagelada de Cristo crucificado, para que se avergüence de tener a su cuerpo en placeres, deleites desordenados y en delicias. Al demonio con las maldades y lazos que ha tendido para atrapar al alma, se le vence con la virtud de la verdadera humildad. Ladre este perro de la conciencia despertando al entendimiento y vea lo peligroso que es creer a sus argucias. Vuélvase sobre sí mismo y conozca el hombre que no existe por sí mismo, para no caer en la soberbia, porque la humildad rompe los lazos del demonio.

Viendo el hombre que no es nada, que su existencia le viene de Dios y no de sí mismo, y a Dios abajado a él, debería avergonzarse de su soberbia. Por profunda humildad bajó El de la suprema altura a tanta bajeza como es nuestra carne. Este dulce y enamorado Cordero, Verbo

hecho carne, nos fortalece, porque de El viene toda fortaleza. Como capitán nuestro, ha venido con la mano sin armas, sujeta y clavada a la cruz, y ha vencido a nuestros enemigos. Su sangre ha quedado en el campo de batalla para darnos ánimo a nosotros, caballeros, a que combatamos con valentía y sin temor. El demonio ha resultado impotente a causa de la sangre de este Cordero y no puede hacernos más que lo que Dios permite. Este no tolera que se nos ponga mayor carga que la que podamos soportar. La carne es vencida con los flagelos y tormentos de Cristo; el mundo, con los oprobios, escarnios, villanías y vituperios; las riquezas, con la pobreza voluntaria de Cristo crucificado, porque la suma Riqueza es tan pobre que no tiene lugar donde reposar su cabeza cuando se halla en el madero de la santísima cruz.

Hijo: cuando el enemigo, los honores y posición social, quieren penetrar en el interior, hace que le ladre el perro de la conciencia y que despierte al centinela, al entendimiento, a fin de que vea que no hay estabilidad ni firmeza en los honores. No digo más. Permaneced en el santo amor a Dios. Jesús dulce. Jesús amor.

LA PERFECCION DE AMOR A DIOS

A Bartolomé y a Jacobo, eremitas en Campo Santo de Pisa.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Amadísimos y carísimos hijos míos en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de ver que nuestro cuerpo es degollado y abierto por el dulce nombre de Jesús. ¡Qué feliz sería nuestra alma si recibiera

tan gran misericordia como es dar por El lo que El dio por nosotros con tanto fuego de amor y caridad. ¡Oh fuego que ardes y no te consumes! Consume lo que hay en mi alma desacorde con la voluntad de Dios. Este fue el verdadero calor que coció al Cordero inmaculado sobre el madero de la santísima cruz. ¡Oh corazones endurecidos! ¿Cómo pueden subsistir sin derretirse con este calor? Ciertamente no me maravillo de que los santos no se hallaran cegados por su amor propio sino todo inmersos en el conocimiento de la bondad de Dios y en el fuego de su ardentísima caridad. Con el recuerdo de la sangre corrían a derramar la suya. Cuando considero el ardor sin límites de Lorenzo que estando en la parrilla estaba sin moverse, con el tirano... ¡Ah, Lorenzo! ¿No te basta el fuego? Respondería: «no», porque el fuego que hay en el interior es tan sumamente ardiente que apaga al de fuera.

Por tanto, carísimos hijos en Cristo, el dulce Jesús, mueran vuestros afectos y propósitos hasta el fin de nuestra vida. No durmais, despertad. Para eso no hallo otro remedio que el odio continuado. De él nace el hambre de la justicia en tal grado que quisiera que de ello se vengaran las bestias. Junto con el castigo de si, el alma se purifica en este fuego, donde hallareis transformada en vosotros la voluntad de Dios.

Por el conocimiento de la suma Bondad, cuando el alma se halla inmersa en amor tan profundo como ve que Dios le tiene, se ensancha su corazón y su afecto. Por eso el conocimiento se entrega a entender, la memoria a retener, y la voluntad se extiende a amar lo que El ama. El alma clama y dice: «¡Oh dulce Dios! ¿Qué amas Tú más?». Responde el dulce Dios: «Mírame dentro de ti y descubrirás lo que amo». Por eso, miraos a vosotros mismos y hallareis y vereis que con la misma bondad e inefable amor que veis que os ama, así ama a todas las criaturas. Por lo cual el alma, como enamorada, se levanta y se dedica a amar lo que Dios ama, que son nuestros dulces hermanos. Se levanta con el deseo, y tanto amor concibe que de buena gana daría la vida por su salvación y por

volveros a la vida de la gracia. De este modo se convierten en comedores y devoradores de almas. Hacen como el águila, que siempre mira la rueda del sol y va a lo alto, y después mira a la tierra, esto es, a la humanidad del Verbo hecho carne, del hijo de Dios. Mirando al Verbo y a la humanidad tomada del seno de María, ve sobre esta mesa el alimento y lo come y no sólo en la tierra, en la que ha tomado la humanidad de Cristo, sino que se encamina a las alturas con la comida en la boca; se eleva y entra en el alma consumida y abrasada en el amor al Hijo de Dios. Descubre que el afectuoso amor es un fuego que sale del poder del Padre, el cual, por ardor, nos dio la sabiduría de su Hijo y el fuego del Espíritu Santo con tanta fortaleza y unión que ni los clavos ni la cruz habrían sostenido al Verbo si no hubiera sido por las ligaduras del amor. Fue tan perfecta la unión que ni por la muerte ni por otra razón se separó de la naturaleza divina de la humana.

Quiero, pues, que tomeis esta dulce comida. Si me dijéreis: «¿Con qué alas vuelo?», (respondería) con las del odio y del amor, con sufrimiento de tormentos, escarnios, improperios atroces por causa de Cristo crucificado y no querais conocer otra cosa que a El. Esté en El vuestra gloria y refrigerio y perfecto descanso. Alimentaos y nutríos con la sangre. Atienda Dios a vuestros deseos. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

CONSEJOS SOBRE LA VIDA RELIGIOSA

A Fray Francisco Tebaldi

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo y dulcísimo hijo en Cristo, el dulce Jesús.

Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros habitar en la casa de vuestro conocimiento por el que adquirireis toda virtud. Sin él vivireis en todo mal y como los irracionales. Me podreis decir: «¿De qué modo puedo entrar y permanecer dentro de esa casa?». Os respondo. Vos sabeis que sin luz no podeis andar por un lugar sino en oscuridad, lo que os dañará. En ella no podreis conocer lo que necesitais para el camino. Todos nosotros somos caminantes y peregrinos situados en el camino real de la doctrina de Cristo crucificado. Unos van por los mandamientos, en la caridad común; otros por los consejos, en la caridad perfecta, sin olvidarse por ello de los mandamientos. Por este camino nadie puede andar sin luz, pues, careciendo de ella, no se podría ver el lugar en que hay que descansar, ni distinguir lo que perjudica de lo beneficioso.

Este lugar es la casa del conocimiento de sí mismo. El alma la ve con la luz de la santísima fe que se halla en el camino real de la doctrina de Cristo crucificado; es decir, que quien lo quiere seguir se concentra muy pronto en sí mismo. En la casa descubre a su principal enemigo, que le quiere hacer daño, a saber, los propios sentidos cubiertos con el manto del amor propio. Ese enemigo, con otros muchos vasallos a su alrededor, tiene dos compañeros principales. Uno es el mundo con la vanidad y sus deleites, que se ha hecho amigo del apetito sensitivo, que desea anárquicamente. El segundo es el demonio con sus engaños, falsos y variados razonamientos y tentaciones, a que es inclinada la voluntad. Esta se deleita deliberadamente en las argucias que el demonio en algún modo le pone delante. Estos dos enemigos principales tienen muchos servidores. Todos quieren perjudicar al alma, si por la luz de la razón no es prudente para poner el remedio mediante la razón. Esta obtiene la luz de la santísima fe, entra en casa y domina los sentidos, porque ha visto que no intentan sino su muerte y por eso van acompañados de los enemigos, que obran con falsía. Por la luz se ha

dado cuenta de ello, se aparta violentamente de ellos, desenvaina el cuchillo, del odio a ellos y del amor a las verdaderas y reales virtudes, y con él les da muerte.

Una vez muerto este enemigo, los demás quedan sometidos, de modo que ninguno le puede hacer daño, si él no quiere. Con esta luz ve quién es el que le ha socorrido, librado de la muerte y vuelto a la vida. Ve que es el fuego de la caridad, porque Dios, por amor, da la virtud y poder al alma para que en fuerza de la razón suba al tribunal de la conciencia y con la sabiduría del Verbo, de que participa, da sentencia de muerte a los sentidos. La voluntad, que participa de la clemencia del Espíritu Santo y de la dulce voluntad de Dios, los mata con el mencionado cuchillo y con la mano del libre albedrío. Viendo que Dios es su remedio, auxilio y ayuda, crece en el alma un fuego inestimable e incomprensible por el conocimiento de sí. Este enciende y consume lo que en ella hubiese de contrario a la razón, porque seca el agua del amor propio espiritual y temporal en el horno de la caridad de Dios. Mientras tanto no busca otro afecto que el de Cristo crucificado, queriendo seguirle por el camino de las penas, al modo de Dios y no al modo suyo, y se deja guiar libremente por la dulce voluntad de Dios.

Entonces los enemigos no pueden perjudicarle. Dios les ha dado permiso para que llamen a la puerta. Se lo permite para que sea más diligente la vigilancia y no duerma en el lecho de la negligencia sino que vele prudentemente. También lo hace para probar si la casa está fuerte o no y, sintiéndose fuerte, tenga motivo para robustecerse. Con la luz ve quién la hace fuerte y perseverante y, una vez que lo ha visto, estrecha al alma con la oración. ¿Qué es lo que la hace fuerte y perseverante? La humilde y continua oración hecha en el conocimiento de sí mismo y de la bondad de Dios manifestada en su interior. Si la hiciera fuera de esa casa, el alma sacaría poco fruto.

Esta oración tiene como fundamento a la humildad que se encuentra en esa casa. Cuando el alma considera con esa luz que es inestimablemente amada por El, en-

tonces es revestida del fuego de la caridad divina que se descubre en el conocimiento que tenemos de Dios. Por la primera, creación le demuestra y pone claro el amor, pues se ve creada a imagen y semejanza suya. Por la segunda, ve que ha sido vuelta a crear para la gracia por la sangre del Cordero inmaculado. Estas son las dos gracias principales que incluyen todas las espirituales y temporales, particulares y generales. De este modo, por la luz, se reviste de fuego. En proporción a él siguen las lágrimas porque los ojos, que sienten el dolor del corazón, le quieren dar satisfacción y gime como leña verde cuando es echada al fuego y por el calor queda expulsada el agua. Así el alma, que siente el fuego de la divina caridad tiene su deseo y afecto en el fuego; y los ojos lloran mostrando externamente en cuanto le es posible, una partecita de lo que siente en el interior. Esa partecita procede de los diversos sentimientos interiores, según los sufre el afecto del alma; como sabeis que se contiene en el Tratado de las Lágrimas. Por eso no me extiendo más.

Vuelvo muy brevemente a la oración. Os digo que brevemente porque de ella ya teneis por extenso. Podemos considerar a la oración de tres maneras. Toda criatura racional está obligada a una continua oración, que es el verdadero fuego y deseo fundado en la caridad con Dios y con el prójimo. El deseo ora siempre, es decir, el afecto de la caridad ora continuamente, en todo lugar y tiempo en que el hombre se halle y en lo que realice. ¿Qué fruto recibe de ello? Una serena tranquilidad dentro del alma, una voluntad acorde y sujeta a la razón, de modo que nada la turba. No le es duro soportar el yugo de la obediencia cuando le son impuestas cargas y ejercicios manuales, o el servir a un hermano, según las diversas circunstancias. No llega al tedio ni a la aflicción espiritual ni se deja engañar por el deseo del alma que querría la celda, los consuelos y la paz. Cuando quiere orar en un tiempo determinado y tiene que hacer otra cosa, digo que tampoco se deja engañar por esos deseos, ni le afectan los sufrimientos del tedio ni los aflictivos, sino que exhala

fragancia de humildad y fuego de caridad con su prójimo. A esta oración nos invita el glorioso apóstol Pablo cuando nos dice que debemos orar sin interrupción. El que no tiene esa oración, nada puede tener que le dé vida y pierde la paz quien quisiere abandonarla por conservar su paz.

Hay otra oración, la vocal, que es cuando se recita el Oficio (divino) u otras oraciones. Esta se halla ordenada a adquirir la oración mental. El fruto que en ella se consigue, si está basada en la vocal y si persevera en su práctica esforzando siempre su espíritu para que medite, consiste en ofrecer y aceptar en sí más el afecto de la caridad de Dios que lo que dicen las palabras. Ande con prudencia el que se sienta visitado en el espíritu; ponga fin a las palabras, a no ser en el Oficio divino que estuviere obligado a recitar. De este modo llega a la tercera clase de oración, es decir, a la mental, elevando su mente y su deseo sobre sí mismo. En ella conoce la doctrina de la verdad, gustando la leche de la divina dulzura que sale de los pechos de la caridad por medio de Cristo torturado y lleno de ardor, es decir, no se deleita sino estando en la cruz con El. Por eso alcanza y recibe el fruto del estado unitivo en que el alma llega a tal compenetración que ya no se ve a sí misma sino a sí en Dios y a El en razón de su bondad infinita. Ve que es digno de ser amado y servido por nosotros y por ello ama sin medida, corre anhelante y como muerto ya a toda voluntad perversa, se deleita por hallarse en el tálamo y habitación del espacio, donde Dios se le manifiesta y donde ve las diversas moradas que hay en la casa del Rey eterno. Por eso goza y tiene en reverencia cualquier modo distinto que viere en las criaturas, considerando en todo la voluntad de Dios y no la de los hombres. Así es liberada de las malas interpretaciones y no juzga ni se turba por las obras de Dios ni por las del prójimo.

Dios hace probar por su infinita misericordia el deleite de la vida eterna que gusta esta alma. Con todo, yo no quiero ni puedo describirlo de palabra ni por la escritura.

Veis, pues, lo que os hace perseverar en la casa del conocimiento propio y dónde se encuentra. Queda dicho que la luz nos guía. Ella se descubre en la doctrina de Cristo crucificado, como queda dicho. La oración nos encierra y nos mantiene dentro. Esa es la realidad. Para cumplir el voto de la obediencia, en que recientemente habeis ingresado, quiero, carísimo y dulcísimo hijo, que permanezcais siempre en la casa del conocimiento de vos mismo, porque de otro modo no la podreis observar. Por eso os dije que deseaba veros en esta casa del conocimiento. Una vez arrojados los enemigos y muerto el principal, que es el de la voluntad sensitiva, se llena y embellece el alma con el ornato de las virtudes. A esto quiero que os dediqueis, porque no bastaría tener la casa vacía si no se llenara. Quiero que siempre permanezcais en el conocimiento de vos y que en voz reconozcais el ardor y la bondad de la caridad divina. Esta es la celda que quiero por isla, que la lleveis con vos a todas partes en que tengais que actuar y que nunca la abandoneis en el coro, refectorio, reuniones o prácticas de piedad. En lo que tengais que hacer, ceñíos a ella. Quiero que en la oración oficial vuestro entendimiento se oriente a la consideración del afecto de la caridad de Dios más que a la gracia recibida de El, a fin de que el amor sea puro y no mercenario. Quiero que la celda material sea frecuentada por vos cuanto lo permita la obediencia y que os deleiteis más estando en ella en combate que fuera de ella en paz. Porque el demonio utiliza esta estratagema con los solitarios para que se cansen de la celda: les da más oscuridad, combates y tentaciones dentro que fuera, a fin de que la tomen miedo, casi como si ella fuera la causa de sus engañosas argucias. Por esta razón no quiero que volvais la vista atrás, sino que seais constante y perseverante, no permaneciendo nunca ocioso sino empleando el tiempo en la oración, santa lectura y trabajo manual, con la memoria llena siempre de Dios, a fin de que el alma no sea presa del ocio.

Quiero que en todo veais la voluntad de Dios, como

se ha dicho arriba, para que el disgusto a propósito de vuestros hermanos no os afecte, como tampoco la murmuración. Quiero, por el contrario, que la pronta obediencia brille en vos, no en una parte o en la mitad, sino en todo, de modo que en nada se quebrante la voluntad de la Orden ni la del prelado, haciéndoos modelo en las observancias y costumbres de la Orden, procurando guardarlas hasta la muerte, despreciándoos y teniéndoos por vil, dando muerte a la voluntad propia y mortificando el cuerpo con las penitencias impuestas por la Orden. Quiero también que caritativamente os esforceis por sobrellevar las costumbres y las palabras que algunas veces os parecen insoportables, bien por argucia del demonio, por propia fragilidad o por cualquier otra razón. En esto y en todo lo demás hemos de cambiar de vestido, observando así lo que dijo Cristo acerca del reino de los cielos, de los que hacen violencia a sí mismos.

Quiero que la memoria se llene y permanezca llena de la sangre de Cristo crucificado, de los beneficios de Dios y del recuerdo de la muerte para que crezcais en el santo temor y en hambre del tiempo, considerándolos con el ojo del entendimiento, junto con la luz de la santísima fe para que la voluntad corra veloz, sin la atadura del desordenado amor a algo que esté fuera de Dios. Quiero también que, cuando el demonio visible o invisible, o la frágil carne, dieren la batalla y se rebelaren contra el espíritu, de cualquier manera que sea, lo manifesteis al prior si está ahí, abriéndole vuestro corazón. Si no está, a otro a quien os parezca mejor y capaz de daros el remedio. También quiero que hagais que la ira no pase a la lengua, irrumpiendo en palabras improcedentes que causen escándalo o turbación, sino que la represión y el odio se vuelvan contra vos mismo.

Estas cosas os la exige Dios y el estado de perfección que habeis elegido. Yo, indigna y miserable madre vuestra, causa de mal y de ningún bien, deseo verlas en vuestra alma. Os ruego, pues, y os apremio de parte de Cristo crucificado, el dulce y buen Jesús, que procureis obser-

varlas hasta la muerte para que seais mi gloria y recibais la corona de la bienaventuranza a causa de la larga perseverancia, que es la única que es coronada. No digo más. Obrad de modo que no tenga yo que llorar y que Dios no tenga que pedirme cuentas por vos. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

COMO SEGUIR A JESUCRISTO

A la Señora Bartolomea.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

A vos, amadísima y queridísima hermana en Cristo Jesús, yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con deseo de ver que os alimentais y nutrís a los pechos de la dulce madre, la caridad. Considero que sin la leche que nos da esta gloriosa madre nadie puede vivir. Es tan dulce y suave al que la prueba que toda cosa amarga se le hace dulce y todo peso se le hace ligero. No me maravillo de que sea así, porque, permaneciendo en esta caridad y amor, se permanece en Dios. Por eso dice san Juan que Dios es caridad y que quien está en ella está en Dios y Dios en él. Por tanto, teniendo a Dios, no puede darse amargura, por ser El deleite supremo, suma dulzura y alegría.

La razón por la que siempre gozan los servidores de Dios es esta: gozan si están enfermos, con hambre, sed, pobres, afligidos, atribulados o perseguidos por las criaturas. Aunque todas las lenguas hiriesen a un servidor de Dios, no se preocuparía, sino que se alegraría y gozaría porque tiene a Dios por descanso y ha gustado la leche de la divina caridad. Como el niño extrae la leche del pecho de la madre, así el alma enamorada de Dios la obtiene

por medio de Cristo crucificado, por seguir siempre sus huellas, queriendo andar el camino de las afrentas, sufrimientos e injurias. No se quiere deleitar sino en Cristo crucificado y huye de gloriarse en otra cosa que no sea la cruz. Dice con San Pablo: «Me glorío en las tribulaciones por amor a mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo». Entonces se abraza el alma al madero de la santísima cruz, dirige hacia lo alto el rostro del santo deseo y mira al consumado y ardentísimo Amor. Este ha llevado su cuerpo a derramar sangre por todas partes. No me extraño, pues, de que el alma sea entonces paciente en las tribulaciones, pues por amor y por su libre voluntad ha rehusado los consuelos del mundo y hecho amistad con los trabajos y persecuciones, puesto que ha visto que ésta fue la vestidura del Hijo de Dios, la elegida como la más preciosa y gloriosa que se pudiera encontrar. Esta es la dulce margarita de que habla nuestro dulce Salvador, que, descubierta por el hombre, le induce a vender lo que tiene para comprarla.

¿Qué es lo dado por Dios, que ni el demonio ni criatura alguna nos pueden arrebatar? La voluntad. ¿A quién venderemos el tesoro de la voluntad? A Cristo crucificado; es decir, que voluntariamente y con mucha paciencia renunciaremos a nuestra pervertida voluntad, la cual, cuando está en Dios, es un tesoro. Con él compramos la margarita de las tribulaciones, sacando de ella el fruto con la virtud de la paciencia, el que comen a la mesa de la vida perdurable.

A esta comida, mesa y leche os invito, hija mía dulcísima, y os ruego que seais solícita en tomarla. Levantaos del sueño de la negligencia porque no quiero que se os encuentre durmiendo cuando seais llamada por la Verdad primera. ¡Oh dulce y suave llamada que quitas la pesantez a nuestro cuerpo, que es el perverso intermediario que se ha rebelado siempre contra su Creador con deleites y placeres desordenados, constituyéndose en un dios por su pecaminoso amor! Tan grande era nuestra ceguera que no pensábamos en que no existíamos por nosotros mismos,

sino que creíamos poder pasar por la puerta estrecha con el fardo del amor al mundo, afectuoso y pervertido, que es la muerte de nuestra alma.

Quiero, pues, que sacudamos la carga de toda la vanidad del mundo y del amor propio, a nosotros mismos. ¿Sabes por qué dice que es estrecha la puerta por donde tenemos que pasar? Porque tenemos que aminorar el amor y nuestros deseos a todo deleite y consuelo del mundo y transformarnos en la dulce madre, la caridad, como se ha dicho. Digo que debe inclinar la cabeza porque la puerta es baja y, si la levantamos, nos la romperemos. Se inclina por la santa y verdadera humildad, considerando que Dios se ha abajado a nosotros. Debes tenerte y quiero que te tengas, por más vil que las demás. Cuidad con volver la cabeza atrás por cosa alguna: ni por engaño del demonio, ni por palabras que oyeses de tu esposo o de otra criatura.

Persevera valiente en el santo propósito comenzado. Sabes que dijo Cristo: «No os volvais atrás a mirar al arado»; porque la perseverancia es la que es coronada. Vuélvete con afectuoso amor, como la dulce enamorada Magdalena, para abrazar aquella venerable cruz, en la que encontrarás las dulces y reales virtudes, porque en ella encontraremos a Dios-hombre. Piensa que el fuego de la caridad ha prensado a aquel venerable y dulce cuerpo de tal modo que por todas partes vierte sangre con tanto amor y santa paciencia que el clamor de este Cordero no es oído como queja. Está humilde, despreciado y saturado de oprobios. Quiébrese tu corazón y tu alma por causa del cálido amor... a este pecho de la caridad, por medio de la carne de cristo crucificado. De otra manera no podrás gustar ni poseer la virtud, porque El es el Camino y la Verdad y quien lo sigue no puede ser engañado.

Aunque el mundo entero estuviera contra ti, debes tener un corazón fuerte y generoso y no volver la cara sino preparar el escudo para detener los golpes. El escudo tiene tres lados. De igual manera debes poseer tú tres virtudes. Odio y disgusto por la ofensa hecha al Creador, sin-

gularmente en el tiempo pasado, cuando eras un demonio, porque seguías sus pasos. Digo que necesitas poseer el amor, considerando la bondad de Dios que tanto te ha amado no por deber sino por gracia, solamente movido por su amor inefable. Cuando eras rebelde no separó el alma de tu cuerpo sino que el dulce Jesús te ha arrancado de las manos del demonio y llevado a la gracia. Te aseguro que cuando tengas este amor y odio te nacerá la tercera virtud, a saber, la paciencia. No sólo no te dolerás ni te llevarán entonces a la impaciencia las palabras e injurias que te dijeren o hicieren, o algún sufrimiento, sino que las sufrirás, reverenciándolas, considerándote indigna de tanta gracia (como es tenerlas). No habrá golpe alguno del demonio ni de criatura alguna que te pueda dañar teniendo el escudo del odio y del amor y la verdadera paciencia, porque estas virtudes son las tres fuertes columnas que mantienen al alma y le quitan toda debilidad.

Esto lo comprendió la dulce Magdalena tan perfectamente que no miraba a sí sino que con sincero corazón se vistió de Cristo crucificado. No quiso volver más a la prosperidad, a las grandezas, a sus vanidades, abandonando todo placer y deleite del mundo. En ella no hubo otro cuidado ni pensamiento que el modo de seguir a Cristo. En cuanto puso su pensamiento en El, y se conoció a sí misma, abrazó y tomó el camino de la humildad, despreciándose por Dios al ver que no le podía seguir ni agradar de otro modo. Se hizo a la idea de que era la criatura más vil que se podía encontrar. Como ebria, no se consideró sola sino acompañada, pues si se hubiera sentido sola no habría estado entre los soldados de Pilato, ni hubiera ido al sepulcro ni permanecido sola. El amor le impedía pensar: «¿qué le parecerá? ¿Habrá hablado mal de mí porque soy hermosa y de gran fortuna?». No piensa en esto sino en el modo de encontrarse con el Maestro y seguirle. Esta es la compañera que te doy y que quiero que imites, porque tan perfectamente aprendió el camino que se ha convertido en maestra. Corred, hija e hijas mías: no sigais durmiendo; que el tiempo vuela y no se detiene un momento.

No quiero proseguir. Saludos a la señora Colomba. Se los envío a ella como a ti y también a la señora Juana d'Anzolino. Bendecid a la señora Mellina, a Catalina, a la señora Lagina y a las demás hijas en Cristo Jesús. No se extrañen ni sufran porque no les he escrito. Todas hacen un todo. Lo he hecho así porque las nuevas plantas (discípulas) tienen más necesidad de ayuda. Saludos en Cristo Jesús de parte de todas las de aquí. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

LA LUCHA CONTRA LAS TENTACIONES

A Fray Mateo Tolomei de Siena.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo hijo en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros luchador en este campo de batalla de modo que nunca volvais la cabeza atrás, sea por lo que sea, sino que, como valiente caballero, esteis dispuesto a recibir los ataques, sin temor servil, porque estando armado no os podrán perjudicar. Es necesario que nos armemos con la fortaleza unida a la dulcísima caridad porque por amor al sumo y eterno Bien debemos estar dispuestos a sobrellevar voluntariamente todo sufrimiento y trabajo. Esta es una arma de tal deleite y vigor que ni los demonios, con modos diversos y con tentaciones, ni las criaturas con escarnios e injurias que os hicieren, pueden privaros de la fortaleza y deleite que siente el alma en la dulzura de la caridad. Es más, quien está tan dulcemente armado, les hiere. El demonio, en la batalla que les procura, ve que, por las armas del alma, recibe los sufrimientos con alegría por el odio que a sí misma se tie-

ne y por el deseo de asemejarse a Cristo crucificado, que por amor a El soporta los sufrimientos y trabajos y es despreciado por la dilección amorosa a su Creador, es decir, que no consiente engaño alguno suyo con la voluntad. Por la resistencia que encuentra en el alma sufre el demonio y se ve vencido, en tanto que ella sigue llena de la gracia divina, enardecida de amor y animada a combatir por Cristo crucificado. Veis, por tanto, carísimo hijo, que la entereza los hiere; y añado que de algún modo quisieren perseguirnos, pues sufren con la dilección de la caridad y con verdadera y santa paciencia. Con ella y con la caridad les arrojaremos carbones encendidos de amor sobre sus cabezas, pues en razón del amor se aplacará su ira y persecución. Nos es, pues, muy necesaria esta arma, porque sin ella no podemos resistir. No podemos evitar el combate mientras estemos en este cuerpo mortal, sea cualquiera el estado de la persona. Cada uno los sufre de modo diverso, según place a la voluntad de Dios al dárselos. Por eso, si la persona no está armada, recibe el golpe de la impaciencia, del deleite, consintiendo voluntariamente, y no se rehace de los golpes de los mencionados combates que el demonio le proporciona. Consiguientemente, queda muerto en el combate al permanecer en la culpa de pecado mortal. Sin embargo, si está armado, como queda dicho, ningún ataque le puede hacer daño.

Si me dijérais: «Yo no puedo tener esta arma» o «¿cómo puedo adquirirla», os respondería que ninguna criatura racional hay que no la pueda adquirir mediante la gracia divina, si ella lo quiere. Porque el pecado y la virtud se forjan en la voluntad, de modo que tanto es pecado o virtud cuanto la voluntad del hombre los consienten. Sin la voluntad, ni el pecado sería pecado, ni la virtud virtud, porque el alma no tendría responsabilidad del acto de pecado ni del pensamiento, como tampoco el acto de virtud le daría la vida de la gracia, si la voluntad no consintiera en aceptarla con afecto de amor. Es tan fuerte la voluntad del hombre que ni el demonio ni criatura alguna la pueden mover ni hacer consentir si ella no

lo quiere, sea para el pecado o para la virtud. Esto nos lo muestra san Pablo cuando dice: «Ni hambre, sed, persecución, cuchillo, cosa presenta o futura, ángeles o demonios, me apartarán de la caridad de Dios si yo no quiero». Por estas palabras nos manifiesta el glorioso apóstol cuánta fuerza tiene la voluntad que Dios nos ha dado por su misericordia. Así que nadie puede decir «yo no puedo» ni tener excusa de pecado. Cierto que pueden venir muchos y feos pensamientos al corazón que uno no puede evitar; pero sí puede impedir llegar al pecado. Aceptarlos con voluntad es pecado y a esto puede resistirse y no consentir.

Una vez, pues, que tenemos el gran tesoro de no ser vencidos si no queremos, no tenemos que esquivar golpes sino deleitarnos en el combate mientras vivimos. Quien comprenda cuánto fruto se sigue al combate, no dejará de aceptarlo y desearlo. Quien no tiene combate, no tendrá victoria, y quien no vence queda confundido. ¿Sabeis cuánto bien procede de él? El hombre en el tiempo de ser combatido tiene ocasión de abandonar la negligencia, ser más solícito en emplear su tiempo y no permanecer ocioso, singularmente en la práctica de la oración, en la que humildemente acude a Dios, al que considera su fortaleza y al que pide su ayuda. Tiene también motivo para conocer la debilidad y fragilidad de sus pasiones sensitivas. Por eso engendra en sí odio a su amor propio, con verdadera humildad se desprecia a sí mismo y se considera digno de las penas e indigno del fruto que a ellas se sigue; reconoce en sí la Bondad de Dios al ver que El le da la voluntad de resistir que posee. Concibe, pues, amor a su bondad, junto con una santa gratitud, porque se siente conservado en ella por Dios. En verdad, las grandes virtudes se conquistan en el combate porque toda virtud recibe vida de la caridad y ésta se nutre de la humildad. En el tiempo del combate, como hemos dicho, el alma tiene motivo para conocerse a sí misma y conocer la bondad de Dios que actúa en ella; digo también que reconoce en sí la fragilidad, y de ahí que se humille. En la buena volun-

tad, así conservada, reconoce la bondad divina obrando en ella, con lo cual llega al amor y a la caridad.

Así, pues, hay que gozar en el tiempo de los combates y no caer en la turbación, porque, al no poder el demonio engañarnos con el anzuelo del deleite, nos quiere atrapar con el de la turbación, deseando hacernos ver en ese tiempo que estamos reprobados de Dios y que las oraciones y otras santas prácticas no nos valen. Dice a nuestro espíritu: «Esto que haces no te vale. Debes hacer tu oración y las demás cosas con puro corazón y espíritu tranquilo, y no con tan deshonestos y variados pensamientos. Mejor te es, pues, dejarlo estar». Todo esto lo hace para que echemos por tierra las prácticas piadosas y la humilde oración, la cual es el arma con que nos defendemos o, mejor dicho, un vínculo que ata y robustece nuestra voluntad en Dios, que acrecienta la fortaleza con la ardentísima caridad con que el alma resiste a los ataques, como queda dicho. Por eso intenta el demonio, con este anzuelo, que la echemos por tierra, pues, perdida la oración, podrá obtener pronto de nosotros lo que quiere. Así pues, por ningún combate debemos llegar nunca a la turbación ni a abandonar práctica alguna. Aunque realmente hubiésemos pecado, no hay que llegar a la turbación del espíritu, porque debemos creer que, en cuanto el hombre reconoce y tiene dolor de la culpa cometida, Dios le recibe en su misericordia. Se debe firmemente creer con confianza y fe que Dios no nos cargará con peso mayor del que podamos llevar y que nos tientan tanto los demonios cuanto Dios se lo permite, y no más. Debemos tener la seguridad de que Dios sabe, puede y quiere librarnos de las tentaciones y de todo trabajo cuando vea que es el tiempo oportuno para nuestra salvación. Lo que Dios nos da y permite lo hace para nuestra salvación y para el acrecentamiento de la perfección.

Por lo tanto, con esta luz de la fe y de la verdadera esperanza superareis este y cualquier otro engaño del demonio: con profunda humildad, inclinando la cabeza para pasar por la puerta estrecha. Siguiendo la doctrina

de Cristo crucificado adquirireis los dones de la fortaleza y caridad, de la que hemos dicho que es el arma con que podemos defendernos. ¿Cómo se adquiere esta arma? Con la luz de la santísima fe. Así que por ésta, junto con la firme esperanza y la caridad (de otro modo no sería fe viva), nos dará Cristo, el dulce Jesús, la luz para conocer nuestra fortaleza y la debilidad de los enemigos. La esperanza nos dará la seguridad de estar como aguardando a que toda culpa sea castigada y todo trabajo remunerado. La caridad nos proporciona fuerzas contra todo adversario. Así pues, carísimo hijo, ánimo para la lucha, poniendo ante vos la sangre del humilde e inmaculado Cordero que nos hará fuertes para el combate. De otro modo no volveremos con la victoria a nuestra ciudad, Jerusalén, es decir, a la vida eterna. Por eso os dije que deseaba veros verdadero luchador, como valiente caballero, mientras estemos en el campo de batalla. Os ruego que actueis así, y siempre con la vara de la verdadera obediencia.

¡Oh hijo carísimo! Creo que el eterno esposo quiere que os glorieis con el insigne Pablo, que se gloriaba en las grandes tribulaciones y, entre otras, en el gran aguijón de la carne, puesto que fue preso y flagelado tantas veces por los judíos. Gozaos con El, hijo carísimo, y tened en gran reverencia a las tribulaciones, juzgándoos indigno del fruto que de ellas proviene y digno de los sufrimientos, ahora es el tiempo de sufrir por la gloria y alabanza del nombre de Dios. No dudeis. No quiero que desmayeis bajo los designios del dulce Dios. Animaos, pues la aurora llegará pronto. Clamareis y en verdad se os contestará. Sumergíos en la dulce sangre de Cristo crucificado, donde lo amargo se convierte en dulce y se hace ligera toda gran carga. No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Jesús dulce, Jesús amor.

Clamad en la celda, y la eterna verdad oirá vuestra clamor. Yo, ignorante y miserable madre vuestra, haré lo mismo y así se socorrerán vuestras necesidades. No perdais la esperanza, que no os faltará la divina Providencia.

ORACIONES POR LA REFORMA DE LA IGLESIA

Al Prior y Hermanos de la Compañía de la Virgen María.

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimos y dulces hijos en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros unidos por el vínculo de la dulce caridad, que es la ligadura que tuvo sujeto y clavado a Dios-hombre al madero de la cruz. Sabed que ni los clavos ni la cruz eran suficientes para sostenerlo si no lo hubiera hecho la caridad. Ella es la dulce y suave atadura que unió la naturaleza divina a la humana. ¿Cuál fue la causa? Sólo el amor. Este fue el que nos sacó de Dios al crearnos a su imagen y semejanza. Habiendo nosotros perdido la gracia, y queriéndonos devolver y restituir lo perdido por el pecado y por nuestra culpa, por amor nos envió al Verbo de su unigénito Hijo y quiso que con la sangre volviéramos a poseer la gracia. El, Hijo obediente, corrió a la afrentosa muerte en la cruz como enamorado de nuestra salvación. Así, todo lo que Dios nos ha hecho y nos hace, es realizado por amor y por eso el alma que considera este inconmensurable e inefable amor, abre el ojo del entendimiento y del conocimiento de la sangre de Cristo crucificado, en la que se muestra la amplitud de la inefable caridad más que en cualquier otra cosa. Por eso dijo que no podía mostrar mayor amor el hombre que dando la vida por su amigo. ¡Oh amor inestimable! Si dices que no puede darse amor mayor que dar la vida por el amigo, ¡cuánto más digno es de encomio tu amor a nosotros, porque hechos enemigos, has dado la vida y pagado por nosotros con el precio de tu sangre! Esto excede a todo amor. ¡Oh dulce y amoroso Verbo, Hijo de Dios! Eres mediador, has puesto paz al

hombre con Dios por medio de tu muerte, pues los clavos se han convertido en llave descansa la vida eterna. Esta se halla abierta de modo tan perfecto que para nadie puede estar cerrada, si él no lo quiere. El pecado es lo que cierra la puerta y nos priva del fin para que fuimos creados; nos quita la vida y da la muerte; nos priva de la luz y causa la oscuridad, pues entenebrece el ojo del entendimiento y no le permite ver ni luz ni tinieblas. Me refiero a las tinieblas del conocimiento de sí mismo, donde ve y descubre la tenebrosa inclinación de los sentidos, que continuamente se rebelan contra su Creador. Como por causa de las tinieblas no ve, de ahí que no pueda conocer el amor y la luz de la divina bondad. Dije que el alma que considera este amor sin medida, ha concebido un amor indescriptible, ha hecho y adecuado su voluntad con la de Dios. Juzga y ve claro que Dios no quiere sino nuestra santificación y que lo que nos da y permite: tribulaciones, consuelos, persecuciones, tormentos, escarnios o villanías, todo nos lo da para que nos santifiquemos en El. La santificación no se puede alcanzar sin las virtudes, ni éstas sin las contradicciones. Por eso el alma que reconoce este amor no se puede turbar ni entristecer por suceso alguno contrario, sea el que sea, porque se dolería de la causa de su bien y de la Bondad que lo permite en nosotros. Cierto que los sentidos sufren cuando algo les desagrada, pero la razón los vence y los hace estar sometidos, como deben. ¿Cómo sujetar los sentidos para que no se rebelen contra su Creador? Lo diré. Los deleites y las tribulaciones se dominan con la dulce y santa memoria de Dios, esto es, con la continua consideración de la muerte. Esa consideración la obtendremos por el conocimiento de nosotros mismos. Vemos, carísimos hijos y hermanos en Cristo, el dulce Jesús, que todos somos mortales; que en cuanto nos hallamos formados en el vientre de nuestra madre, estamos condenados a la muerte; y que hemos de morir y no sabemos cuándo ni cómo. ¿Quién será el que, si considera que la vida es tan breve que de día en día espera la muerte (porque nuestra vida es tanto como la

punta de una aguja), no se refrene y no corre todo contento desordenado que pudiera recibir de las necias y vanas alegrías mundanas? Digo que se dominará y no buscará honores, cargos, grandezas, ni poseerá riquezas con avaricia. Si las tiene, de ellas se hará administrador por Cristo en favor de los pobres. No las querrá poseer ni conservar con soberbia, sino con verdadera y profunda humildad, viendo que no conoce que sea estable y firme en esta vida tenebrosa y que todo pasa como el viento. Si se encuentra en tribulación, pacientemente la sufre, porque ve que es poco lo que tenemos que soportar. ¿Por qué es poco? Porque nuestro tiempo es breve, pues el trabajo pasado ya no lo tienes y el que puede venir no es seguro de que lo tendrás, pues no sabes si la muerte te sobrevendrá y quedarás libre de todo trabajo. Por tanto, sólo tienes este punto del momento presente. Así, la memoria de la muerte quita la impaciencia por las tribulaciones y la desordenada alegría en los consuelos.

Ciertamente, la memoria de la muerte no ha de ir sola, porque vendría la turbación. Ha de estar en compañía y ésta ha de ser el amor ordenado por el santo temor de Dios, a saber, absteniéndose de los vicios y pecados para no ofender al Creador. El pecado no está en Dios y por ello no es digno de ser amado ni deseado por nosotros, que somos criaturas suyas, hechas a su imagen y semejanza. Debemos amar lo que El ama y odiar lo que el odia. Entonces el entendimiento ve lo útil que es despreciar los vicios y amar las virtudes y cuánto daño acarrea lo contrario. Dormir en lo vicios y pecados, si viene la muerte repentina (lo que no es seguro que no ocurra) le proporciona la eterna condenación cuando ya no hay remedio. Vivir virtuosamente da siempre alegría, paz con Dios y con el prójimo. Apartado de todo rencor, siente la caridad fraterna de amar al prójimo como se ama a sí mismo. De este modo debemos amar a amigos y a enemigos y desear su salvación en cuanto criaturas racionales. Intentad soportar y sufrir los defectos de los demás aborreciendo el vicio que haya en ellos, pero no a ellos. Llo-

rad con los que lloran y gozad con los que gozan; es decir, con los que están en pecado mortal, de los que se puede decir que se hallan en tiempo de oscuridad; llorad por compasión y ofreced por ellos santos deseos a Dios; y con los que viven virtuosamente, alegraos, sin envidia por su bien, con santo agradecimiento porque se han apartado de las tinieblas y vuelto a la luz de la gracia. De este modo vive en unión con ellos y observa el mandamiento de Dios de amar al prójimo por amor a El. Esta es la señal dada por Cristo para ser reconocidos como hijos y discípulos suyos. Por eso les dije: «Amaos, amaos mutuamente, pues en esto se conocerá que sois discípulos míos». Andando por este suave y dulce camino vive en gracia y se encuentra, al final, con la eterna visión de Dios.

Sobre todo, hijos, os ruego y apremio a que os ameis mutuamente, porque debemos incorporar nuestro corazón y afecto al amor de Cristo crucificado. Vemos que El ha amado profundamente al hombre. Nosotros debemos imitar ese amor y unirnos estrechamente con nuestro prójimo, tan perfectamente que ni demonio ni injuria que el prójimo nos haga, ni el amor a nosotros mismos, puedan nunca desunirnos y apartarnos de ese lazo de amor. Considerando yo que de otro modo el alma se halla en estado de condenación, os dije que deseaba veros ligados con el vínculo de la caridad. Debeis estar unidos en todo: por haber sido creados todos por Dios, redimidos por la misma sangre y, además, por la santa y dulce sociedad que habeis formado bajo el nombre de María, que es nuestra abogada, Madre de gracia y de misericordia. No es ella desagradecida, sino generosa con quien le sirve. Es el instrumento, concretamente un carro de fuego, que al concebir en sí al Verbo, al unigénito Hijo de Dios, trajo y proporcionó el fuego del amor. Servidla, pues, con todo el corazón y afecto, ya que es vuestra dulcísima Madre.

Os ruego también que tengais odio y aborrecimiento al pecado de la impureza y a cualquier otro, porque no sería razonable que con impureza sirviérais a María, que

es suma pureza. No durmais, padre, hermanos e hijos carísimos. Levantaos con amor a la virtud, y con odio y aborrecimiento al pecado. Considerad que éste es tan abominable ante Dios, que permitió que el Hijo sufriese muerte y pasión. El soportó con gran amor sufrimientos, tormentos, escarnios, villanías y, al fin, la afrentosa muerte de cruz. Refugiaos en sus llagas por afecto de amor. Mayor amor no pudo mostrar el amigo que dar la vida por su amigo. El nos la ha dado, dejándose degollar y destrozar su cuerpo. Ablándense vuestros corazones, en este santo tiempo que nos presenta al Cordero inmaculado, asado al fuego de la ardentísima caridad y que en la pascua se nos da dulcemente como comida.

No digo más. Amaos, amaos mutuamente. Permaneced en el santo y dulce amor a Dios. Yo, indigna sierva vuestra, me encomiendo a vuestras oraciones, aunque estoy segura de que ya lo haceis. De parte de Cristo crucificado os pido apremio a que las oraciones y santas prácticas que Dios os conceda llevar a cabo, las ofrezcais y hagais de ellas ofrenda a Dios por la reforma de la dulce esposa de Cristo, la santa Iglesia, por la paz y unidad de todos los cristianos y singularmente para que a nuestra ciudad otorgue verdadera y perfecta unión y se aparte de toda ofensa que hubiere hecho contra nuestro Salvador y la santa Iglesia. Rogad encadecidamente para que la ruina que ha venido por la guerra que, por nuestros pecados, tienen los florentinos con el Padre Santo, Dios, por su piedad, la convierta en verdadera paz. Os aseguro que si no ayudamos con nuestras muchas y continuas oraciones para atraer la misericordia con la oración y el deseo de paz y El, que es benigno, no desoirá la voz del pueblo que clame a El. Escuchad al dulce y buen Jesús, que nos enseña, pues debemos aporrear y llamarle con la luz de la fe, por lo cual seremos escuchados por El. De otro modo la oración no valdría. Dice la dulce y primera Verdad: «Golpead y se os abrirá; pedid y se os dará; llamad y se os contestará». Una vez que nos enseña el modo, practiquémoslo con buena y santa solicitud, con larga y perseve-

rancia, pues como El mismo asegura, si no lo hubiera de dar por otra razón, nos lo dará por la importunidad de la perseverancia. No digo más. Jesús dulce, Jesús amor. María.

SOBRE LA PERSEVERANCIA

A Nicolás de Vezzano

En nombre de Jesucristo crucificado y de la dulce María.

Carísimo hermano en Cristo, el dulce Jesús. Yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros constante y perseverante en la virtud de la que Dios, por su infinita misericordia, os ha concedido el deseo. No acabo de ver que alguien la consiga sin un amor sincero y liberal y sin prescindir de sí mismo, es decir, queriendo servir a Dios a su modo, parcialmente, sino con todas las fuerzas y sin intervención de los sentidos. Estos son dignos de odio y no de amor, porque recalcitran siempre y se rebelan contra su Creador. Debemos aborrecerlos, hacerles guerra y darles lo contrario de lo que piden.

Pero diremos: ¿Cómo llegar a este amor y odio, puesto que por otro camino no puedo llegar a la virtud ni perseverar en lo bueno comenzado? Respondo que con la luz veremos el amor y el odio, pues, si no se ve, no se puede conocer ni la maldad ni la virtud, y al no conocerse no se ama. Por eso es necesaria la luz del entendimiento, es decir, que esté iluminado por la luz de la fe.

Tenemos el entendimiento, que es una de las potencias del alma. La impronta de la fe la recibimos en el bautismo, pero si, llegado el uso de la razón, no se ejercita la fe con la virtud, sino que es nublada por el amor

propio y los placeres del mundo, no podremos ver. Sin embargo, quitada esa catarata, el ojo ve. Si la voluntad libre quiere abrir ese ojo y poner por objeto a Cristo crucificado y el puro y sincero amor que nos tiene, viéndole tan claramente, lo recibe de buena fe en su afecto y voluntad (porque Dios ama no para su provecho), ya que no se lo podemos hacer por no necesitar nuestro bien, sino sólo para utilidad nuestra, para que seamos santificados en El. Por el amor obtenido del dulce y amoroso Verbo ama al prójimo sencilla y fielmente, buscando su salvación, socorriéndolo en cuanto pueda con lo que Dios le ha dado para que lo administre. Ama y sirve al prójimo con la perfección adquirida en el conocimiento de la caridad divina, pues la caridad con el prójimo se deriva de la de Dios. Por amarle, ama a su prójimo y se esfuerza en servirle, pues ha conocido la verdad de Dios al considerar el inefable amor que ha manifestado por la sangre de su Hijo.

Como ve que Dios nunca cesa en su bondad, es decir, de realizar en él y en las demás criaturas su grandeza y bondad, de ahí que no parece que pueda, ni puede dejar de amar a su Creador mientras permanece en ese conocimiento, ya que es condición del amor amar siempre tanto como se ve uno amado. El amor no está ocioso, sino que realiza siempre grandes cosas, con lo que el alma consigue la fortaleza y la perfecta perseverancia. A causa del conocimiento de la bondad de Dios que descubre, se da cuenta más perfectamente de su miseria, pues lo ve mejor por su contrario. Con la luz de la fe advierte que él no existe de por sí, que su existencia la recibe de Dios, igual que toda gracia añadida a esa existencia. Sin ésta no seríamos aptos para recibirla. Entiende que ha sido vuelto a crear para la gracia por la sangre de su Hijo unigénito y que, a pesar de ello, es siempre rebelde a Dios. Por eso tiene motivo para tenerse odio y odiar en sí la perversa inclinación que lucha contra el espíritu.

Pensad que el aborrecimiento no debe ser de un momento, a saber, cuando uno se ve asediado por los emba-